

ta comida le satisface mucho más que un banquete preparado y servido por el propio Agustín Lhardy en persona.

A continuación reproducimos esta interesantísima escena:

ACTO III—ESCENA V

MÁXIMO, ELECTRA

ELECTRA.—(*Entrando con una cazuela humeante.*) Aquí está lo bueno.

MÁXIMO.—¿A ver, á ver qué has hecho? ¡Arroz con menudillos! (*Se sienta.*)

ELECTRA.—Elógialo por adelantado, que está muy bien... Verás. (*Se sienta.*)

MÁXIMO.—Se me ha metido en mi casa un angelito cocinero...

ELECTRA.—Llámame lo que quieras, Máximo; pero ángel no me llames.

MÁXIMO.—Ángel de cocina... (*Rien au.bos.*)

ELECTRA.—Ni eso. (*Haciéndole el plato.*) Te sirvo.

MÁXIMO.—No tanto.

ELECTRA.—Mira no hay más. He creído que en estos apuros, vale más una cosa buena que muchas medianas. (*Empieza á comer.*)

MÁXIMO.—Acertadísimo... ¿Sabes de qué me río? ¡Si ahora viniera Evarista y nos viera, comiendo, así, solos!...

ELECTRA.—¡Y cuando supiera que la comida está hecha por mí!...

MÁXIMO.—Chica, ¿sabes que este arroz está muy bien, pero muy bien hecho?...

ELECTRA.—En Hendaya, una señora valenciana fué mi maestra: me dió un verdadero curso de arroces. Sé hacer lo menos siete clases, todas riquísimas.

MÁXIMO.—Vaya, chiquilla, eres un mundo que se descubre...

ELECTRA.—¿Y quién es mi Colón?

MÁXIMO.—No hay Colón. Digo que eres un mundo que se descubre solo ..

ELECTRA.—(*Riendo.*) Pues por ser yo un mundito chiquito, que se cree digno de que lo descubran, ¡pobre de mí! determinarán hacerme monja para preservarme de los peligros que anezan á la inocencia.

MÁXIMO.—(*Después de probar el vino, mira la etiqueta.*) Vamos que no has traído mal vino.

ELECTRA.—En tu magnífica bodega, que es como una biblioteca de riquísimos vinos, he escogido el mejor Burdeos, y un Jerez superior.

MÁXIMO.—Muy bien. No es tonta la bibliotecaria.

ELECTRA.—Pues sí. Ya sé lo que me espera: la soledad de un convento...

MÁXIMO.—Me temo que sí. De esta no escapas.

ELECTRA.—(*Asustada.*) ¿Cómo?

MÁXIMO.—(*Rectificándose.*) Digo, sí: te escapas... te salvaré yo...

ELECTRA.—Me has prometido ampararme.

MÁXIMO.—Sí, sí... Pues no faltaba más...

ELECTRA.—(*Con gran interés.*) Y ¿qué piensas hacer? dí-melo...

MÁXIMO.—Ya verás... la cosa es grave...

ELECTRA.—Hablas con la tía... y... ¿qué más?

MÁXIMO.—Pues... hablo con la tía...

ELECTRA.—¿Y qué le dices, hombre?

MÁXIMO.—Hablo con el tío...

ELECTRA.—(*Impaciente.*) Bueno: supongamos que has hablado ya con todos los tíos del mundo... Después...

MÁXIMO.—No te importe el procedimiento. Ten por seguro que te tomaré bajo mi amparo, y una vez que te ponga en lugar honrado y seguro, procederé al examen y selección de novios. De esto quiero hablar contigo ahora mismo.

ELECTRA.—¿Me reñirás?

MÁXIMO.—No: ya me has dicho que te hastía el juego de muñecos vivos, ó llámense novios.

ELECTRA.—Buscaba en ello la medicina de mi aburrimiento, y á cada toma me aburría más...

MÁXIMO.—¿Ninguno ha despertado en tí un sentimiento... distinto de burlas?

ELECTRA.—Algunos... por el lenguaje de los ojos, que no siempre sabemos interpretar. Por eso no los cuento.

ELECTRA.—Ninguno.

MÁXIMO.—¿Todos se te han manifestado por escrito?



Pantoja, SR VALLARINO

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

MÁXIMO.—S: hay que incluirlos á todos en el catálogo, lo mismo á los que tiran de pluma que á los que foguean con miraditas. Y hénos aquí frente al grave asunto que reclama mi opinión y mi consejo. Electra, debes casarte, y pronto.



Evarista, SRA. LLORENTE

ELECTRA.—(*Bajando los ojos vergonzosa.*) ¿Pronto?... Por Dios, ¿Qué prisa tengo?

MÁXIMO.—Antes hoy que mañana. Necesitas á tu lado un hombre, un marido. Tienes alma, temple, instintos y virtudes matrimoniales. Pues bien: en la caterva de tus pretendientes, forzoso será que elija yo uno, el mejor, el que por sus cualidades sea digno de tí. Y el colmo de la felicidad será que mi elección coincida con tu preferencia, porque no adelantariamos nada, fíjate bien, si no consiguiera yo llevarte á un matrimonio de amor.

ELECTRA.—(*Con espontaneidad.*) ¡Ay, sí!

MÁXIMO.—A la vida tranquila, ejemplar, fecunda, de un hogar dichoso...

ELECTRA.—¡Ay, qué preciosidad! ¿Pero merezco yo eso?

MÁXIMO.—Yo creo que sí... Pronto se ha de ver. (*Concluyen de comer el arroz.*)

ELECTRA.—¿Quieres más?

MÁXIMO.—No, hija: gracias. He comido muy bien.

ELECTRA.—(*Poniendo el frutero en la mesa.*) De postre no te pongo más que fruta. Sé que te gusta mucho.

MÁXIMO.—(*Cogiendo una hermosa manzana.*) Sí, porque esta es la verdad. No se ve aquí mano del hombre... más que para cogerla.

ELECTRA.—Es la obra de Dios. ¡Hermosa, espléndida, sin ningún artificio!

MÁXIMO.—Dios hace estas maravillas para que el hombre las coja y se las coma... Pero no todos tienen la dicha ó la suerte de pasar bajo el árbol... (*Monda una manzana.*)

ELECTRA.—Sí pasan, sí pasan... pero algunos van tan abstraídos mirando al suelo, que no ven el hermoso fruto que les dice: «Cógeme, cómeme.» Y bastaría que por un momento se apartasen de sus afanes, y alzaran los ojos, yo... ya miro, ya...

MÁXIMO.—(*Contemplán lola.*)—Como

Al terminar la comida, y cuando *Electra* se dispone á servir el café, que ya tiene dispuesto, se presenta el *Marqués de Ronda*, cuya sorpresa no tiene límites al ver á la niña en el laboratorio de *Máximo* y enterarse de que han comido jun-



Urbano, SR. SALA-JULIEN



El Marqués de Ronda, SR. ALTARRIBA



Sor Dorotea, SRA. BADILLO



Cuesta, SR. DEL CERRO



Patros, SRTA. ARÉVALO



Gil, SR. DEL CERRO



Babina, SRTA. ANAYA

tos. Invitado el *Marqués* á tomar café, acepta gustoso; conviniendo después en que, cuando anochezca, llevarán á *Electra* á casa de los señores de *Yuste*, sus apreciables tíos.

Momentos antes de anochece, se presenta *Pantoja*, el cual, con el desabrimiento que en él es peculiar, reprocha á *Electra*, que se ha colocado cerca de *Máximo*, como buscando amparo, por haber cometido tamaña ligereza. Luego acusa á *Máximo* de haber empleado malas artes para llevarla á su laboratorio, invitándola con mal disimulado tono de autoridad á que abandone aquel sitio que constituye un serio peligro para ella.

Protesta *Máximo* de la intrusión de *Pantoja*, diciendo que, como dueño de la casa, á nadie concede derecho para llevarse á *Electra* de allí, sin su expreso consentimiento.

Insiste *Pantoja* en que ella ha de seguirle, y esta se niega resueltamente, diciendo que solo irá á casa de sus tíos acompañada de *Máximo* y del *Marqués*. Obscurece por completo.

—Vamos... Ya viene la noche— dice el marqués.

En este momento dos potentes focos de luz eléctrica iluminan profusamente la escena.

—Es el día... ¡Día eterno para mí!—contesta *Electra*, —y termina

LA NIÑA MATILDE LÓPEZ
FOTOGRAFÍAS DE "E. TEATRO" POR CALVET

el acto, que es sin disputa uno de los mejores del teatro contemporáneo.

El cuarto se desarrolla en el jardín del palacio de los señores de *García Yuste*. Al levantarse el telón, aparece en escena *Electra* muy entretenida en hacer ramos de flores, que destina á la Virgen y á los niños de *Máximo*, dando la delicada comisión de llevarlos, á *Patros*, que la acompaña.

Electra en aquellos momentos se juzga la mujer más dichosa del mundo. *Máximo* la ama, ha pedido su mano y muy en breve quedará acordada la fecha de la boda, detalle que determinará *doña Evarista*.

Va, pues, á realizar el sueño que viene acariciando desde que conoce á *Máximo*; va á ser la madre de sus pequeñuelos, con los cuales juega en el jardín del hotel de sus tíos; va á realizar, en fin, la dicha suprema, la eterna aspiración de su alma.

Cuando *Pantoja* conoce la resolución de *Máximo*, que viene á destruir cuantos planes forjara aquél respecto de la niña, pone en juego todos los resortes de su mefistofélico ingenio para malograr el casamiento en que *Máximo* y *Electra* cifran toda su felicidad.

Evarista y *Pantoja* hablan dete-



Electra, SRTA. MORENO

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

nidamente del asunto, y durante esta conversación él le dice que á todo trance es necesario evitar que el matrimonio se realice, no porque él se oponga á que la niña se case, si tal es su voluntad, sino porque considera que aún no está preparada para el matrimonio ni en disposición de elegir con acierto el hombre que ha de ser su compañero para toda la vida. Quiere, pues, que *Electra* ingrese en un convento donde se pueda pulsar su carácter, sus gustos, sus afectos, para determinar en vista de tales observaciones. Lo que desde luego rechaza es el casamiento con *Máximo*, cuyas ideas, que tiene por insanas, pueden ser dañosas á la angelical criatura.

Pantoja miente. El no quiere que *Electra* sea esposa de *Máximo* ni de ningún otro; lo único que desea es que la niña ingrese en el convento, donde purgue las culpas ajenas. Tal es la tesis de *Pantoja*.

Evarista defiende á *Máximo* fundándose en los indiscutibles méritos y brillantes cualidades que adornan á su sobrino, negando por último, su concurso á *Pantoja* para la realización de sus diabólicos planes.

Pantoja, sin embargo, no se da por vencido, y después de un momento de meditación, dice á *Evarista* que escriba una carta á la superiora del Asilo de San José de la Penitencia, mandándola venir á su casa acompañada de dos hermanas.

Su mente le ha sugerido una idea diabólica, y como hombre que cuando trata de hacer su voluntad no repara en los medios, por reprochables que éstos sean, resuelve ponerla en práctica inmediatamente.

El interés del público va creciendo por momentos,

porque con su natural intuición, comprende que se acaecían sucesos graves y trascendentales para aquellos dos seres, cuyas almas se han fundido en una sola como los metales, en el candente horno del laboratorio.

Queda después solo *Pantoja*, y á los pocos momentos llega *Electra* alegre y risueña como de costumbre. Al

encontrarse inopinadamente juntos, ella revela la contrariedad y el espanto que le causa la presencia del fatídico personaje.

Este intenta convencer á *Electra* de que debe ingresar en el convento para consagrarse á Dios eternamente. *Electra* se opone á ello, sin que basten todos cuantos argumentos emplea *Pantoja* para persuadirla, ni aun la promesa de nombrarla superiora del convento en que ha de ser recluida.

La encantadora niña está demasiado enamorada del sabio para dejarse embaucar por las falaces promesas de *Pantoja*, prefiriendo las realidades humanas que *Máximo* le brinda en su amor, á los goces divinos que, según *Pantoja*, le están reservados.

Como *Pantoja* ve que la presa se le escapa de la mano, cuando creía tenerla más segura, apela á una enorme indignidad, recurso que él cree supremo, para vencerla tenaz resistencia de *Electra* á ingresar en San José de la Penitencia. Empleando

los más sútiles eufemismos le hace creer que ella y *Máximo* son hermanos, lo cual trata de justificar diciéndole que el padre de su prometido fué amante de la desgraciada *Eleuteria*...

Esta terrible revelación llena de estupor á *Electra* que, indignada protexta de tal acusación. No obstante, *Pantoja*, aprovechando aquel momento en que el cerebro de



Máximo, SR. FUENTES.— «0,158 0,73... Está equivocado...»

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

la niña está lleno de encontradas ideas que la confunden y trastornan, insiste en sus afirmaciones, que acaban por perturbar la razón de aquella desdichada criatura, que huye despavorida llamando á su madre.

Todos acuden alarmados, suponiendo que allí ha ocurrido algo extraordinario, sin que *Pantoja* acierte á contestar á las preguntas que todos le hacen.

Cuando le anuncian la llegada de *Máximo*, demuestra marcada contrariedad y trata de esquivar su primera aco-

egoismo tan grande que no cabe en el mundo; por esa virtud verdadera ó falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido, lanza el rayo que aniquila; por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande ó rastrero, águila, serpiente ó lo que seas.»

En este momento llega *Electra* acompañada de sus tíos y del *Marqués*. El poderoso influjo de las palabras de *Pantoja* han causado en el alma de la candorosa niña



Máximo, SR. FUENTES.—«Perdone usted. (Serenamente se dirige á *Pantoja*.) Con todo el respeto que á usted debo, señor *Pantoja*, le suplico que deje en libertad esa mano.»

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

metida que, como es de suponer, puede ser de terribles consecuencias.

En tanto que *Evarista*, *Urbano* y el *Marqués* corren en busca de *Electra*, *Máximo*, que ya ha entrado en escena, se encara resueltamente con *Pantoja*. La escena es terrible y de altísima tensión dramática. Sus palabras chocan como espadas. *Máximo* habla con la energía y el brío propios de su temperamento. *Pantoja* con imperturbable serenidad que, lejos de aplacar á su interlocutor, le excita por momentos.

Máximo, en el paroxismo de su furor, cogió por el cuello á *Pantoja* y lo arroja sobre uno de los bancos de piedra del jardín, diciéndole al mismo tiempo:

«Pues por ese silencio, por esa burla, máscara de un

el efecto deseado. Rechaza las caricias que *Máximo* le prodiga, y solo desea ir al claustro. *Pantoja* manda aviso para que se presente la superiora del convento. *Electra*, al verla, se arroja en sus brazos.

El acto termina con la siguiente escena:

ACTO IV.—ESCENA FINAL

ELECTRA, MÁXIMO, EVARISTA, PANTOJA, DON URBANO, el MARQUÉS, PATROS, la SUPERIORA y HERMANAS

EVARISTA.—Hija mía, ¿qué delirio es ese?

MÁXIMO.—(Acudiendo á ella cariñoso.) Alma mía, ven, escúchame. Mi cariño será tu razón.

ELECTRA.—(Se aparta de *Máximo* con movimiento pudoroso.)



ACTO IV.—ESCENA I.—*Patros*, SRTA. ARÉVALO, Y *Electra*, SRTA. MORENO

FOTOGRAFIA DE CALVET

Su desvarío es sosegado, sin gritos ni carcajadas. Lo expresa con acentos de dolor resignado y melancólico.) No te acerques. Yo no soy tuya, no, no.

MÁXIMO.—¿Por qué huyes de mí? ¿A dónde vas sin mí...?

PANTOJA.—*(Qu- ha pas vto à la derecha junto à Evarista.)* A la verdad, á la eterna paz.

ELECTRA.—Busco á mi madre. ¿Sabéis dónde está mi madre?... La ví en el corro de los niños... Fué después hacia la mimosa que hay á la entrada de la gruta... Yo tras ella sin alcanzarla... Me miraba y huía... *(Oyese lejano el canto de niños en el corro.)*

EL MARQUÉS.—¿Vés á Máximo? Será tu esposo..

MÁXIMO.—*(Con vivo afán)* Nadie se opone; no hay razón ni fuerza que lo impidan, Electra, vida mía.

ELECTRA.—*(Imponiendo silencio.)* Ya no hay esposos ni esposas... ¡oh, qué triste está mi alma!... Ya no hay más que padres y hermanos, muchos hermanos... ¡Qué grande es el mundo y qué solo está, qué vacío! Por sobre él pasan unas nubes negras... las ilusiones que fueron mías, y ahora son... de nadie... ¡Qué soledad! Todo se apaga, todo llora... el mundo se acaba... se acaba. *(Con arrebatado de miedo.)* Quiero huir, quiero esconderme. No quiero padres, no quiero hermanos... Quiero ir con mi madre. ¿Dónde está su sepulcro? Allí, juntas las dos, juntas mi madre y yo, yo le contaré mis penas, y ella me dirá las verdades... las verdades.

PANTOJA.—*(Aparte à Evarista.)* Es la ocasión. Aprovechémosla.

EVARISTA.—Hija mía, te llevaremos á la paz, al descanso.

MÁXIMO.—No es esa la paz. El descanso y la razón están aquí. Electra es mía... *(Evarista hace por llevarla.)* Yo la reclamo.

ELECTRA.—Máximo, adios. No te pertenezco: pertenezco á mi dolor... Mi madre me llama á su lado. *(Ansiosa, expresando una atención íntensísima.)* Oigo su voz...

MÁXIMO.—¡Su voz!

ELECTRA.—Silencio... Me llama, me llama. *(Delirando.)*

EVARISTA.—¡Hija, vuelve en tí.

ELECTRA.—¿Oís?... Voy, madre mía. *(Corre hacia las hermanas.)* Vamos. *(A Máximo que quiere seguirla.)* Yo sola... Me llama á mí sola. á tí no... A mí sola. ¿No oís la voz que dice ¡Eleeeectra!...? Voy á tí; madre querida. *(Las Hermanas, Evarista y Pantoja la rodean.)*

MÁXIMO.—¡Iniquidad! Para poder robármela le han quitado la razón. *(Quiere desprenderse de los brazos del Marqués y Don Urbano.)*

MARQUÉS.—No la pierdas tú también. *(Conteniéndole.)*

DON URBANO.—Calma.

MÁXIMO.—¡h!—*(Como asfixiándose.)* Devolvedme á la verdad, devolvedme á la ciencia. Este mundo incierto, mentiroso, no es para mí.

Divídese el quinto acto en dos cuadros: el primero tiene lugar en el locutorio del convento de San José de la

Penitencia en el que está recluida *Electra*, merced, como es sabido á los hábiles manejos de *Pantoja*.

El bondadoso y afortunado agente de Bolsa don *Leonardo Cuesta* ha muerto, dejando la mitad de la fortuna á *Electra* con la expresa condición de que ésta abandone la vida religiosa. En su testamento nombra albaceas á *Máximo* y al *Marqués de Ronda*, los cuales han anunciado que se personarán en La Penitencia con el fin de notificar á *Electra* la última voluntad del finado.

Cuando *Pantoja* tiene conocimiento de lo que ocurre, aunque duda que *Electra* acepte la herencia á cambio de abandonar la vida que por su gusto ha abrazado, ofrece que la entregará al delegado de la autoridad, si este es el gusto de ella.

Máximo viene dispuesto á todo: á prender fuego

al convento si es preciso, antes que consentir que *Electra* quede allí para siempre. El *Marqués* le aconseja prudencia, esto es, emplear las mismas armas que contra él ha esgrimido su adversario.

Véase la escena, una de las que más entusiasmo ha despertado en el público:

ACTO V.—ESCENA V

EL MARQUÉS, MÁXIMO

MARQUÉS.—¿Qué dices á esto?

MÁXIMO.—Que ese hombre, de superior talento para fas-



ESCENA VII.—*Electra*, SRTA. MORENO, Y *Pantoja*, SR. VALLARINO

PANTOJA.—*Tendrias que empezar tu destruccion por Lázaro Yuste.*

ELECTRA.—*¡El padre de Máximo!*

PANTOJA.—*El primer corruptor de la desgracia de Eleuteria.*

FOT. DE "EL TEATRO" POR CALVET